

Leg 5² paquete 1^o

~~7-54~~

378

La Iglesia C. O. una, verdad.

é infalible.
DISCURSO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

D. JUAN TRONCOSO Y SAEZ,

POR EL PRESBITERO

D. JUAN TRONCOSO Y SAEZ,

Licenciado en Sagrada Teología.

en el acto solemne de recibir la investidura de Doctor
en la misma Facultad.

MADRID:

IMPRESA DE HIGINIO RENESES,

calle de Fuencarral, n. 81.

1859.

VVA. BHSC. LEG.05-1 n0378

DISCIPULO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

D. JUAN TRONCOSO Y SAEL

34

D. JUAN TRONCOSO Y SAEL

en el acto solemnemente de recibir la investidura de Doctor
en la misma Facultad

1870

IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

1870

DISCURSO

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

POR EL PRESBITERO

D. JUAN TRONCOSO Y SAEZ,

Licenciado en Sagrada Teología.

en el acto solemne de recibir la investidura de Doctor
en la misma Facultad.

MADRID.

IMPRENTA DE HIGINIO RENESES,
calle de Fuencarral, n. 81.

1859.



U. A. B. H. S. C. LEG. 05-1 n0378

HTCA

U/Bc LEG 5-1 n0378



1>0 0 0 0 2 7 9 3 4 2

DISCURSO

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

por el doctor

D. JUAN TRONCOSO Y SAEZ,

licenciado en ciencias físicas

en el acto solemnemente celebrado en la Universidad Central
en la misma facultad

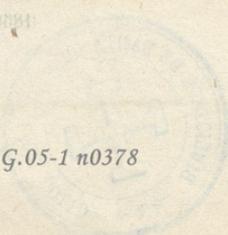
MADRID

IMPRESA DE HIGUERO

Calle de la Universidad, 2

1880

VVA. BHSC. LEG.05-1 n0378



AMADOS PADRES MIOS :

¡A quién mejor que á vosotros, que, despues de haberme dado la existencia, tanto os desvelásteis por mi educacion moral y cientifica, debiera yo dedicar este discurso, destinado al postrero y mas solemne acto de mi carrera literaria?

¡Ah! En medio del profundo pesar que experimento al verme privado de vuestra presencia, que en este dia colmaria toda mi dicha y formaria mi mas completa bienandanza, permitid que un hijo querido os consagre hoy un recuerdo de amor y gratitud, evocando vuestra memoria tan dulce para mi corazon, ya que el cielo, llamándoos á mejor vida, dispuso que me encontrase solo en el mundo en momentos en que otros, mas venturosos, al fijar sus miradas en los autores de su sér, experimentan el encanto mas indefinible.

Aceptad, pues, el filial tributo de un corazon puro y amante; y desde la mansion de la perdurable felicidad, en donde piadosamente creo morareis, rogad al Origen supremo de toda luz, al Dios infinitamente sabio, ilustre mi inteligencia y dirija mis vacilantes pasos á través de la espinosa carrera que he emprendido, para consagrarme sin descanso al servicio de la religion, de la humanidad y de la pátria.

J. C. y S.

MIOS PADRES AYAYOS

La vida mejor que a nosotros, que, después de haberme
dado la existencia, tanto os desveláis por mi educación
moral y científica, habiendo ya hecho este deber, des-
pués de haberme y más solame me de mi carrera literaria,
16) En medio del profundo pesar que experimento al
correr el tiempo de vuestra presencia, que en este día colun-
en toda me dice y para mí me una completa felicidad.
partido que me heo querido os consolaré hoy un recuerdo
de amor y gratitud, recordo vuestra memoria en las
para un corazón, ya que el cielo, mandados a recibir vida,
después que me encontré solo en el mundo en momentos en
que otros, más venturosos, al fin, sus miradas en los
fuer de su ser, experimentan el encanto más adorable.
Acabad, pues, el feliz tributo de un corazón puro y
grato, y desde la nación de la patria de la felicidad, en
dura, infortunadamente como nosotros, royo el origen super-
no de toda luz; al Dios infinitamente sabio, hasta mi
independencia y digna mis caritativas penas a través de la
exposición caritativa que he emprendido, para conseguirme sin
decano al servicio de la religión, de la humanidad y de
la patria.

pregunta sin resolverla: ¿esto que por una parte hay doc-
trinas fuera del Catolicismo que poseen muchas de las ver-
dades que este enseña, y por otra, no es menos cierto que
aunque todas las demás escuelas parezcan desear en to-
do el principio de autoridad, en la práctica se abalitan,
pueden desentenderse de él.

Y sin embargo, vemos que ninguna de ellas ha podido
crear esa unidad intelectual, que es dignosísimo así, el na-
cio al par que la gloria del Catolicismo; vemos que por
mas que han trabajado en efecto, contando con elementos al-

Excmo. é Ilmo. Señor:

partes un tanto de gran pensamiento,
todas sus teorías han sido infructuosas, todos sus proyectos
han fracasado, todas sus esperanzas han quedado fallidas, no
recibiendo por fruto de sus esfuerzos mas que el con-
venimiento de su impotencia.
Otro tanto ha acontecido á todas las escuelas filosóficas
que desde la mas remota antigüedad han trabajado en la tarea
de ser de siglo, por hallar una doctrina capaz de dar las in-

teligencias y formar de ellas una sociedad pública. Lo más
Uno de los hechos que mas deben llamar la atención del
hombre observador al estudiar la historia del Cristianismo,
es que sólo él, sola su doctrina, entre todas las demás que
hán inventado los hombres, ha podido constituir una socie-
dad intelectual, tal cual la vemos en la Iglesia Católica.

Fenómeno es este que no se explica tan facilmente como á
primera vista parece: y las soluciones que comunmente se
dan para explicarle, lejos de satisfacer el entendimiento y de
producir en él un convencimiento íntimo, no consiguen sino
aumentar sus dudas y dar mayor proporcion á sus perple-
jidades.

Decir que sola la doctrina Católica posee esclusivamente
toda la verdad, que ella es la única que procede por vía de
autoridad, y que eso es lo que la da el privilegio de fundar
la unidad de los entendimientos, no es mas que abordar la

cuestion sin resolverla: puesto que por una parte hay doctrinas fuera del Catolicismo que poseen muchas de las verdades que éste enseña, y por otra, no es menos cierto que aunque todas las demás escuelas parezcan desechar en teoría el principio de autoridad, en la práctica le admiten, y no pueden desentenderse de él.

Y sin embargo, vemos que ninguna de ellas ha podido crear esa unidad intelectual, que es, digámoslo así, el núcleo al par que la gloria del Catolicismo; vemos que, por mas que han trabajado al efecto, contando con elementos al parecer muy á propósito para realizar ese gran pensamiento, todas sus teorías han sido infructuosas, todos sus proyectos han fracasado, todas sus esperanzas han quedado fallidas, no recojiendo por fruto de sus improbas tareas mas que el convencimiento de su impotencia.

Otro tanto ha acontecido á todas las escuelas filosóficas que desde la mas remota antigüedad han trabajado en la larga série de siglos, por hallar una doctrina capaz de unir las inteligencias y formar de ellas una sociedad pública. Lo mismo sucede al racionalismo moderno, que tiempo há viene aspirando á ser la única doctrina del universo, sin que hasta ahora haya conseguido sino hacer mas visible su nulidad para realizar tan atrevida idea. Todas las doctrinas, en una palabra, á escepcion de la Católica, cansadas de hacer vanos ensayos é inútiles esfuerzos, hanse visto obligadas á reconocer, que lo que se propusieran no es obra del hombre, y que á pesar de haber ahondado los cimientos, se necesita una fuerza sobrehumana para llegar á la cúspide del grandioso edificio de la unidad. Y esa fuerza sobrehumana, ¿en qué consiste? ¿cómo la posee el Catolicismo? ¿de dónde le viene? Hé aquí la cuestion:

Yo me propongo, Excmo. Señor, simplificarla todo lo posible, limitándome á designar la causa principal y casi única porque ninguna otra doctrina ha conseguido hasta ahora

fundar la unidad de las inteligencias: y esta es, en mi concepto, porque todas ellas carecen del principio de la soberanía intelectual, indispensable para someter los espíritus al imperio de la verdad; de donde deduzco que el privilegio de la doctrina católica en este punto, estriba en que ella sola viene de Dios y cuenta con la asistencia perpétua de su Divino Espíritu. Esta tesis quedará suficientemente demostrada probando que «LA IGLESIA CATÓLICO-ROMANA ES *á la vez*, EL CENTRO DE LA UNIDAD, LA MAESTRA DE LA VERDAD, Y EL JUEZ INFALIBLE EN MATERIA DE FÉ Y DE COSTUMBRES. »

Comprendo, Excmo. Señor, toda la dificultad de esplanar y desenvolver dignamente una proposición que de muy antiguo, y especialmente en los tiempos que atravesamos, ha encontrado y encuentra á cada paso émulos encarnizados, que mas bien por sistema que por convencimiento se han empeñado en disputar á la Iglesia Católica ese privilegio que forma el mas preciado florón de su diadema. Persuadido no obstante de mi pequeñez, pero contando con la amable indulgencia del sapientísimo y respetable claustro al que hoy aspiro á pertenecer obteniendo la aureola de la ciencia, entro confiado á desarrollar la tesis propuesta, digna de llamar la atención de los sábios, si mucho por su esencial importancia, no menos por ser de interés palpitante en las circunstancias actuales.

Dios es *uno*, ha dicho elocuentemente el P. San Agustín; la Iglesia es la *unidad*; y sola la unidad puede estar en armonía con aquel que es *único* por esencia: *Non respondet nisi uni unitas* ¹. Tal es el carácter de la Iglesia Católica: ella es la verdadera imágen de la divinidad, su emanación viviente y sensible: y solo existe porque es *una* como Dios. Ahora bien, no hay unión sin *unidad*, ni unidad sin un *centro* común, que formando un vínculo sagrado, evoque á si no

¹ S. Aug. Serm. II. in Ps. 101.

solo las doctrinas y las inteligencias, sino tambien las afec-
ciones y los intereses comunes, para protegerse y sostenerse
en virtud de una mútua reciprocidad de miras que propendan
á un fin idéntico. Y ese centro, ¿dónde reside?

Las comuniones cismáticas, las llamadas iglesias reforma-
das, todas las sectas derivadas del Cristianismo, se han glo-
riado siempre de poseer la doctrina de Jesucristo, de ser las
depositarias de su fé y de sus dogmas; y sabido es que ha
llegado la imprudencia del error hasta el punto de acusar á
la Iglesia Católico-Romana de haber degenerado de su divino
origen, de ser la Babilonia impía enemiga de Dios, y su Gefe
el Antecristo predicho en los Sagrados libros, con otros mil
absurdos que solo pudieron caer en unos cerebros tan vol-
canizados como los de los desgraciados fundadores del Pro-
testantismo. Y sin embargo con solo observar esa múltiple
diversidad de símbolos, esa continua versatilidad de dogmas
que presenta la historia de las sectas reformadas, ¿no es lo
básante para demostrar que han perdido la luz, que se han
separado de la senda de la verdad, que se han emancipado
de aquel centro comun, fuera del cual no hay mas que opi-
niones humanas, extravios de la inteligencia, aberraciones
lastimosas, y caos y confusion perpétua?

No sucede así en la Iglesia Católico-Romana. En derredor
de ella formamos los verdaderos creyentes un vínculo sa-
grado, nos unimos en asociacion universal bajo un centro
comun, que es la Silla de Pedro, sobre la que, cual sobre
firme roca, asentó Jesucristo los cimientos de ese edificio que
ni conoce las injurias de los tiempos ni las horrras de la ini-
quidad; que abraza los siglos y las distancias, ni tiene otros
límites que los del universo; y que es desde su origen, como
lo será hasta la consumacion del mundo, inalterable en su
esencia, pura en sus creencias, indestructible en sus desti-
nos, y en sus doctrinas uniforme, única, irreformable. En
medio de las fluctuaciones del entendimiento humano, la uni-

dad Católica aparece majestuosa y bella; y contemplando con faz serena los encontrados sistemas que se disputan el campo, los ve levantarse y hundirse sucesivamente, en tanto que ella prosigue su rumbo y fija su imperio sobre las ruinas del error. ¿Y por qué? Porque la Iglesia Católico-Romana es ese centro donde reside la unidad de la fé y la verdadera doctrina de la divina revelacion. Ella es la única Esposa del Cordero, en quien este ha depositado todas las riquezas de su sabiduría, y esos tesoros de verdad de que hablaba el Apóstol, cuando decia á su discípulo Timoteo: «Guarda cuidadosamente ese precioso depósito... Conserva lo que te se ha confiado, huyendó de las profanas novedades de palabras, y de las objecciones de una ciencia falsa: porque los que han profesado esa vana creencia se han descarriado de la fé ¹.» Ella es la Jerusalem Santa que descendió del Seno del mismo Dios ²; cuya doctrina es, como él, única, sola, inmutable, simple, indivisible y eterna, puesto que es una emanacion de la eterna verdad; y por eso no sucede respecto de la fé lo que respecto de otras cosas, en las cuales no hay mas que unidad fisica, formada á veces de elementos diferentes y heterogéneos. «A la manera, dice San Cipriano, »que en el sol hay muchos rayos, pero una sola luz; y en el »árbol muchas ramas, pero un solo tronco fundado en una »raiz; y así como cuando un rio se divide en muchos arroyuelos no por eso dejan de proceder todos de un mismo manantial; del mismo modo la Iglesia es siempre una, siquiera »su prodigiosa fecundidad la haya hecho estenderse por todos »los ámbitos del orbe. Separa del cuerpo el rayo del sol, y »verás que la unidad no puede tolerar la division de la luz; »arranca del árbol una rama, y ya no producirá mas frutos; »desvia el riachuelo de su fuente, y luego le verás secarse.

¹ I. Timot. VI. 20, 21.

² Apoc. XXI. 2.

«Otro tanto sucede en la Iglesia de Dios ¹.» Hed ahí lo que son todas las sectas separadas del centro de la unidad: ramas desgajadas del robusto tronco del Catolicismo, arroyos desviados de su fuente, miembros violentamente separados del cuerpo que les daba la vida. Y de aquí concluye el Santo Doctor, «que los que no están adheridos á ese centro de unidad, no tienen la fé del Padre y del Hijo, ni vida ni salvacion ².»

Preciso es, pues, buscar la unidad en su legítimo centro que es la Iglesia Católico-Romana, donde, segun la divina promesa, está y estará Jesucristo hasta la consumacion de los siglos ³. Allí reside la roca firmisima, la piedra incontestable, que no podrán mover jamás las puertas del averno ⁴. Allí la verdadera Arca de Noé, en la que únicamente pueden salvarse los hombres de las aguas del diluvio. Allí la casa de Dios, fuera de la cual, todo el que come el cordero es profano y criminal, segun la brillante alegoría de San Gerónimo ⁵. Allí la Cátedra príncipe, la raiz y matriz de todas las iglesias, de donde se deriva la unidad sacerdotal, como se espresa San Cipriano ⁶, y á donde se hace forzoso acudir á unirse todos los fieles á causa de su preeminencia, segun San Ireneo ⁷. Allí, en suma, el único redil, de que es Pastor único Jesucristo en la persona de San Pedro y de sus sucesores en el Pontificado.

¿Dónde sino en la Iglesia Católico-Romana se encuentra esa sucesion perpétua y no interrumpida de Soberanos Pontífices, que se remonta desde Pio IX, que actualmente ocupa la Silla Apostólica, hasta aquel á quien fué dicho:

¹ S. Cyp. Lib. de unit. Eccles. Edit. Maur. pag. 195.

² Ibid. pag. 196.

³ Matth. XXVIII. 20.

⁴ Matth. XVI. 18.

⁵ S. Hyer. Ep. 13 ad Damas.

⁶ S. Cyp. Epist. 45 ad Corn. et Epist. 73 ad Juv.

⁷ S. Iren. cont. Hæres. L. 3. c. 2 et seq.

«Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia?»
¿Dónde sino en ella se encuentra esa unidad de gobierno, esa unidad de fé, esa unidad de dogmas, que no han variado nunca á pesar de todas las alteraciones humanas, á despecho de todos los cambios sociales y políticos que ha sufrido el mundo, aun cuando todo, en torno de esa piedra misteriosa, haya tomado diversas formas y experimentado espantosas revoluciones? Mas de diez y ocho siglos hace ya que la Iglesia Católico-Romana viene pronunciando sin interrupcion de un solo día su sublime Símbolo en medio de las contradicciones y de los errores, herido con la espada, amenazado de ser rasgado por los cismas, combatido por la filosofía, conculcado por el libertinaje. Y sin embargo, ni uno solo de sus artículos ha padecido la menor alteracion, ni un ápice ni una coma ha cambiado en él á pesar de los desesperados esfuerzos de los novadores, impotentes para echar por tierra ese augusto edificio de nuestra fé, ni aun siquiera para hacer resentirse sus robustos cimientos. Prueba ineluctable de que sola la Iglesia Católico-Romana es el verdadero y único centro de unidad de donde parten los ródios luminosos del eterno Sol de Justicia, que ilustra las inteligencias y vivifica los corazones en el órden espiritual, á la manera que en el órden físico la constitucion órgánica de todos los séres criados demuestra evidentemente que su vida depende de su union constante y de su imperturbable adhesion á sus centros respectivos, fuera de los cuales, trastornadas las leyes de su existencia deben perecer. «No hay pues, concluye de aquí San Cipriano, no hay mas que una Iglesia fundada por nuestro Señor Jesucristo, y cimentada sobre Pedro, cuyo origen y razon de ser es la unidad ¹.»

Verdaderamente es grandioso y sublime el espectáculo que ofrece á los ojos del hombre observador esa Iglesia Católico-Romana, monumento glorioso de la divina Sabiduría, que

¹ S. Cypr. Epist. LXX. ad Januar.

descuella en el mundo como una figura gigantesca en medio de todas las creaciones del poder humano, las cuales ha visto hundirse y desaparecer unas en pos de otras, mientras ella ha permanecido invulnerable, siempre bella y radiante en su antigüedad progresiva, llena de una juventud celestial que nunca muere, y que forma el encanto de las nuevas generaciones.

No pocas manos han intentado derribar ese coloso, que viene sobreviviendo á todos los imperios, y pasando tranquilo sobre los escombros de cien monarquías. No pocos enemigos se han conjurado contra ese grandioso edificio, y mancomunado sus esfuerzos con los del tiempo (adversario el mas temible, cuya huesuda mano hiere de muerte todo cuanto existe, y juega con el polvo de lo que ha destruido para sacar de él el ser y la vida) han trabajado sin descanso por llevar á cabo los planes de esterminio que en sus dias concibieran los hijos de Edóm. Pero su impotencia no ha logrado sino hacer resaltar mas la perpetuidad y eterna duracion de ese centro indestructible. Hija inmóvil de la eternidad, la Iglesia Católico-Romana, ha visto pasar sobre ella las mas furiosas tormentas. Las oleadas del error, hacinadas unas sobre otras la han empujado con violencia, pero ni siquiera la han hecho perder su aplomo. Los vendabales de la impiedad la han agitado en todas direcciones, pero no han podido moverla de su centro. No ha habido medios que no se hayan empleado para combatirla, pero sin éxito. Y por valirme de las elocuentes espresiones de un sábio, «á cada ultrage ha parecido mas grande; el génio la ha protegido contra el génio; la ciencia contra la ciencia; el imperio contra el imperio; se ha hecho armas de todas las armas que contra ella se han levantado; y cuando se la creia por tierra, el mundo la ha visto en pié, serena, triunfante y recibiendo los homenajes de todo el universo.»

Mas no es solamente la Iglesia Católico-Romana el

CENTRO DE LA UNIDAD, sino que es tambien la MAESTRA DE LA VERDAD. Inútil sería, Excmo. Señor, insistir en demostrar la necesidad de una autoridad pública y universal que enseñe al hombre las verdades reveladas y las conserve inalterables contra los errores y extravíos de la razon humana. En el estado actual de nuestra civilizacion, es ya un hecho evidenciado, del que no puede dudarse racionalmente, que el hombre es un sér enseñado, y que todas sus tendencias, desde que nace á la luz del mundo, se dirigen á adquirir aquellos conocimientos que necesita para vivir cual cumple á sus destinos; conocimientos que no puede adquirir por sí mismo, sino que le es preciso recurrir á otro sér mas ilustrado que él, para que se los comunique. Además, como quiera que siempre tiene que aprender, y por mas que prolongue sus estudios y multiplique sus vigiliass, nunca ve satisfecha esa sed insaciable de saber que incesantemente experimenta, formando una de las principales condiciones de su racionalidad, resulta que siempre tiene esa necesidad de enseñanza, de la cual no puede prescindir si no quiere verse envuelto en las tinieblas de la duda y lanzado en el abismo del error.

Esta necesidad se hace mas sensible y apremiante respecto de las verdades religiosas, por cuanto en ellas es mayor el peligro de errar, cuando el hombre no es guiado por una autoridad divina que pueda mostrarle el recto camino, y dirigir sus estudios é investigaciones. En el órden de las sensaciones y de las ideas, podrá bastar al hombre, cuando es niño, la educacion maternal, que le pone, digámoslo así, en contacto con los objetos esternos; y transmitiéndole poco á poco la palabra, abre en él el manantial de la inteligencia. Esta misma educacion es la que, durante la infancia, da al hombre las nociones de lo justo y de lo injusto, de la virtud y del vicio, desenvolviendo en su

alma el tesoro de la conciencia; y por último, le hace un sér creyente ó religioso, iniciándole en los misterios de la fé. Pero el hombre crece, se desarrolla, adquiere con la edad mayores proporciones su deseo de instruirse, necesita saber y creer; y ora pertenezca á la clase ignorante, ora descuelle entre los hombres de génio, siempre es impotente por sí mismo para fijar sus ideas y para formarse una inteligencia propia é independiente de la agena enseñanza.

Ahora bien, ¿quién será ese maestro que pueda dirigir la enseñanza religiosa del hombre, una vez emancipado de la educacion maternal? ¿Quién será ese poder capaz de guiar sus pasos siempre vacilantes, por entre esa multitud de opiniones encontradas, de sistemas absurdos, de axiomas contradictorias, de creencias falsas, de dogmas incomprensibles? ¿Por ventura la razon, esa ciega divinidad ante quien el mundo se ha prosternado y llamádola su reina y señora? Pero en vano se buscaría en la historia de la humanidad una verdad, un principio, una cosa que la razon no haya corrompido y manchado. Es, pues, indispensable una autoridad divina, pública, universal, á quien el hombre pueda someterse con seguridad de no errar, y sin la cual seria un miserable juguete de las opiniones humanas. Y esa autoridad pertenece esclusivamente á la Iglesia Católico-Romana, quien la recibiera de su augusto Fundador, como voy á demostrarlo con la posible brevedad.

Sabido es que este dogma viene siendo hace tres siglos el tema obligado de la reforma, y la eterna pesadilla de todas las comuniones separadas del centro de la unidad católica. Todas ellas han hecho causa comun para denegar á la verdadera iglesia de Jesucristo, esto es, al cuerpo de los Pastores, unidos al Soberano Pontífice, su Vicario en la tierra, ese poder de enseñanza, esa autoridad divina, pública, universal, que le fué conferida por el Salvador, de una manera la mas explicita y terminante, sin restriccion de ningun gé-

nero, y con un carácter de perpetuidad que no admite la menor tergiversacion.

En efecto, Jesucristo, queriendo basar la sociedad espiritual sobre cimientos indestructibles, y dar á la unidad religiosa toda la fuerza necesaria, conforme á sus altos designios, instituye un sacerdocio, organiza una gerarquía para gobernar esta sociedad, y dirigiéndose al hijo de Jonás, llamado Cephás, le dice: « Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.... Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares en la tierra, quedará atado en el cielo: y todo lo que desatares en la tierra, desatado quedará tambien en el cielo ' . » En otra ocasion, habiéndole preguntado Jesus por tres veces si le amaba, y respondiendo aquel afirmativamente, le dice: « Pues apacienta mis ovejas y mis corderos ? . »

Autoridades tan terminantes solo puede negarlas el orgullo del error, que es la personificacion de todos los orgullos. Solo él ha podido inventar interpretaciones forzadas y buscar sofisticos comentarios, para oscurecer la brillantez de la luz que se desprende de los textos que acabo de citar. Solo él ha podido decir que Pedro no habia tenido una autoridad suprema y distinta de la que se confirió á los demás apóstoles colectivamente considerados, y que los poderes especiales que aquel recibiera de Jesucristo quedaron invalidados con la mision que le fué comun con estos. ¡ Como si las llaves, aun en el órden material, no fuesen el símbolo del poder supremo, y su entrega no se hubiese considerado siempre como señal evidente de la investidura de ese mismo poder ! ¡ Como si la potestad de atar y desatar, dada en la tierra y sancionada en el cielo por el mismo Dios, no arguyese mas claro que la luz del sol una preeminencia marcada, una prerogativa esclusiva

' Matth. XVI. 18, 19.

' Joan. XXI. 16, 17.

y propia de aquel á quien se confiere, y una accion universal sobre todo cuanto dice relacion al dogma y á las creencias! ¡Como si la mision de apacentar las ovejas y los corderos no designase la mas ámplia autoridad sobre todo el rebaño del Eterno Pastor, esto es, sobre los pastores no menos que sobre los fieles!

No me detendré, Excmo. Señor, á probar una verdad que tan en armonia está con la tradicion de todos los siglos. Si cupiese en mi plan desentrañar todos los testimonios que brotan de esa limpida fuente de la mas luminosa critica, seriame forzoso prolongar mi discurso mas allá de los límites que le están prefijados. Oiríamos á Origenes reconocer en Pedro una mision privilegiada y una investidura personal, siquiera lo que á él se le dijo se les digese despues á los demás Apóstoles, sin que por eso dejase de tener sobre ellos una primacia de jurisdiccion y dignidad. Oiríamos á Tertuliano llamar al Sumo Pontífice «Obispo de los Obispos,» y confesar que el Señor dió las llaves á Pedro y por él á la Iglesia¹. Oiríamos á San Ireneo apelar á la Cátedra de San Pedro, como á la única regla de fé, y consignar su respetuosa veneracion hácia ese principado de enseñanza que tan célebre se ha hecho en el orbe católico². Idéntico lenguaje oiríamos en los labios de todos esos grandes génios que se gloria de poseer el catolicismo, cuyas palabras sería prolijo reproducir. ¡Cosa singular! Todo cuanto de grande, sábio y respetable ha conocido el mundo, viene rindiendo homenaje á ese principio de autoridad que forma el carácter distintivo de la Iglesia Católico-Romana y su mas gloriosa prerogativa. ¡Y en medio de esa série de testimonios tan brillantes, aun ha podido haber hombres, que, semejantes á unos niños que se empeñasen en echar por tierra el gigantesco obelisco que domina en el centro de la plaza del Vaticano, han hecho y hacen todavía impotentes es-

¹ Tertul. De pudicitia. C. IX. et de Præscrip. C. XXXVI.

² S. Iren. contr. hæres. L. III. C. 2.

fuerzos por derribar ese poder de enseñanza que viene sobreviviendo á los siglos!

Pero, aun prescindiendo de las autoridades del Evangelio, de los textos de los Santos Padres, y del unánime asentimiento de la tradicion, cuyos eslabones han pretendido romper inútilmente los adversarios de este dogma tan en armonia con la naturaleza de la sociedad espiritual y con su constitucion gerárquica; la razon misma ¿no nos demuestra la existencia de ese principio de autoridad que venimos probando? Las palabras dichas por Jesucristo al Príncipe de los Apóstoles: «Yo he rogado por tí para que tu fé no desfallezca; »y así, cuando te conviertas, cuida de confirmar á tus hermanos¹. Estas palabras, repito, ¿no serian una decepcion, un absurdo, si faltando Pedro, es decir, despues de su muerte, hubiera de quedar destruido el edificio de la Iglesia fundada sobre él, y la verdad á merced del capricho del hombre que pudiera interpretarla segun su juicio? ¿Para qué le habria dicho que las puertas del infierno no prevalecerian contra ella, si la autoridad dada á Pedro no fuese una autoridad universal que debiera perpetuarse en sus legítimos sucesores, inalterable en la sucesion de los siglos? ¿Qué seria la Iglesia sin ese poder de enseñanza y sin ese principio de autoridad? Negarla esa prerogativa seria negar su propia existencia, pues seria reducirla á un cuerpo acéfalo y mutilado; seria hacer de ella una sociedad sin elementos constitutivos, sin organizacion perfecta, sin lazos comunes, sin gobierno, sin orden; y, como ha dicho un sábio escritor contemporáneo, «cambiar la naturaleza de esta sociedad divina, seria evidentemente destruirla, trastornarla, combatiendo su constitucion y despojarla de sus caractéres indispensables. No seria ya una si no existiese centro de unidad. No seria ya universal si no anunciasen todas las naciones la misma fé, y porque donde se detiene el poder, allí se detiene la sociedad. No seria

¹ Luc. XXII. 32.

ya perpétua, pues la fé sometida á la arbitrariedad de la independencia individual, cesaria de ser idéntica en todos los tiempos y lugares. No seria ya santa, por cuanto estaria privada de la potestad de juzgar soberanamente de la doctrina. Conmover, pues, la autoridad sobre la cual fundó el Salvador su Iglesia, es conmover sus cimientos; y una vez destruida la Iglesia, no hay medio de conservar siquiera la menor sombra del cristianismo. Se reducen á polvo sus obras mas preciosas, se aniquilan todos sus títulos, y se arrojan al viento sus letras de divino origen, rasgadas por manos sacrilegas¹. »

Así, pues, el principio de autoridad está tan ligado con la esencia misma de la Iglesia, que negado aquel, es indispensable negar esta: ó de lo contrario, una vez reconocida su existencia, se hace preciso reconocer en ella una autoridad de enseñanza visible y perpétua, en virtud de la cual posee la Iglesia el privilegio de ser eminentemente la MAESTRA DE LA VERDAD.

Mas como quiera que en las controversias que puedan suscitar sus enemigos se necesite que haya quien pueda fallar definitivamente y sin peligro de errar, de aquí es que la Iglesia Católico-Romana es además el JUEZ INFALIBLE EN MATERIA DE FÉ Y DE COSTUMBRES.

En efecto, Excmo. Señor, la infalibilidad de la Iglesia Católico-Romana, mal que pese á sus adversarios, es una prerogativa única y exclusivamente suya. Solo ella ha podido gloriarse de poseerla, porque á ella únicamente le ha sido concedido por Dios ese dón celestial, por el que participa de uno de los mas preciosos atributos de la divinidad. Esa infalibilidad de definicion de juicio y de enseñanza que reside en el cuerpo episcopal unido con su Cabeza, que es lo que constituye la Iglesia docente, es un hecho incontestable, por mas que choque y se resista á las menguadas luces de la

¹ Raymond. Del Catolicismo en las sociedades modernas. C. VIII.

razon ó á un inveterado orgullo; y consiste en una asistencia especial y perpétua del Espíritu Santo, en virtud de la cual no puede errar la Iglesia en materia de fé y de costumbres. ¿Y cómo se prueba esta infalibilidad? Oigamos al mismo Jesucristo:

Despues de la Resurreccion aparécese á sus Apóstoles, y les dice: « Me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la »tierra. Id, é instruid á todas las naciones... enseñándolas »á observar todas las cosas que os he confiado. Y estad »ciertos que yo estoy siempre con vosotros hasta la consu- »macion de los siglos '.... Y yo rogaré á mi Padre, y él os »dará otro Consolador para que permanezca eternamente con »vosotros.... El Espíritu de verdad permanecerá con voso- »tros y estará en vosotros². Yo os envío á vosotros del mismo »modo que mi Padre me ha enviado á mí³. »

En virtud de estas palabras, que consignan tan explicitamente la mision de los Apóstoles, para enseñar á todas las naciones en materia de fé y de costumbres, la asistencia perpétua de Jesucristo á estos y sus sucesores hasta el fin de los tiempos, y la potestad del Espíritu divino permanente siempre en ellos, la Iglesia posee las mismas prerogativas de autoridad é infalibilidad, como una persona moral siempre viva, para proponer, defender é interpretar la divina revelacion y custodiarla en toda su pureza, mediante un gobierno fijo, estable y permanente. Este es, dice el gran Bossuet, el sentido genuino de aquellas palabras del Salvador: *Vobiscum sum omnibus diebus*, etc. Es decir: « Con vosotros estoy enseñando, con vosotros instruyendo á los fieles á guardar cuanto os he prescrito, con vosotros ejerciendo un ministerio exterior y público; con vosotros y con vuestros sucesores estoy, y estaré mientras duren los siglos sin la

¹ Matth. XXVIII. 18 et seq.

² Joan. XIV. 16, 17.

³ Ibid. XX. 21.

mas leve interrupcion; ni un momento os dejaré solos; el infierno no prevalecerá, y ni el menor punto de mi doctrina abandonaré jamás al espíritu del error.» Hed aquí por qué en otra parte dice tambien á sus Apóstoles: «El que os escucha me escucha á mi; y el que menosprecia vuestra enseñanza á mi es á quien menosprecia⁴».

¿Pueden darse pruebas mas concluyentes de la autoridad infalible de la Iglesia? ¿Quién, despues de leer los textos citados, no vé personificada en ella la mision, la potestad, el derecho de enseñar, y la infalibilidad misma de Jesucristo su divino Fundador? Si pues este no podia errar, y su doctrina era la única verdadera, tampoco puede errar la Iglesia depositaria de sus promesas; y las verdades que ella enseña y manda creer son las únicas que deben formar el objeto de nuestra fé. A no decir que las palabras de Jesucristo son una impostura, y sus promesas una decepcion! O á menos que, forjando mitos y simbolismos, ó adoptando la exégesi de la escuela alemana, se quiera arrancar violentamente á dichas palabras su sentido sencillo y natural! Pero en vano: los textos son tan precisos, su significacion tan óbvia, las circunstancias en que se pronunciaron tan solemnes, la relacion que entre unos y otros existe tan marcada, que no es posible negar la autoridad perpétua é infalible dada por Cristo á su Iglesia, sin verse forzado á negar todo el conjunto de la divina revelacion, sin lanzarse á un escepticismo el mas insensato y ridículo.

Además de que, es preciso no perder de vista, que cuando la Iglesia invoca en su favor esa infalibilidad de que se gloria, lo hace apoyada en el mayor grado de certidumbre racional, certidumbre que descansa en las ideas, en la historia, en la sociedad, y hasta en las costumbres mismas, sin que ningun otro poder enseñante pueda disputársela. Así que, su autoridad no gira en un círculo vicioso, como

⁴ Luc. X. 16.

pretenden sus adversarios, diciendo que prueba su infalibilidad por la Escritura, y la verdad de la Escritura por su infalibilidad misma. No: ambas y cada una separadamente tienen sus motivos propios de credibilidad; y antes de que se publicase el Evangelio, tenía ya la Iglesia su propiedad, su misión divina, su gerarquía, su gobierno, su autoridad y su infalibilidad. Mas dejando esto aparte, ¿quién no admira en la autoridad infalible de la Iglesia Católico-Romana el mas alto poder histórico, el mas alto poder social que pueda imaginarse? Desde que fué fundada por Jesucristo, ella no ha cesado de ejercer esa enseñanza con una autoridad universal y divina. La cadena de Pastores que vienen sucediéndose unos á otros, y cuyo primer eslabon fué el príncipe de los Apóstoles, no se ha interrumpido un solo día. Por entre las heregias y los cismas que surgieron en distintos siglos y en diferentes naciones, se oyó siempre la misma voz, la voz de la Iglesia Católico-Romana, que se levantó para confundir el error do quiera que este se mostraba; y su autoridad suprema fué siempre respetada como infalible en Oriente y en Occidente. Diez y ocho siglos hace que viene ejerciendo ese poder en el mundo, y el mundo todo viene sometándose á él sin oposicion alguna. Solo en este largo trascurso de años hubo una boca, que se atrevió á disputar á la Iglesia su infalibilidad. Levantóse Lutero en el siglo xvi; se inauguró la reforma; proclamó el principio de la autoridad privada é individual para interpretar la divina revelacion. Y qué sucedió? Lo que no podia menos de suceder. «El pais donde se lanzó ese grito se convirtió en un volcan, cuyas espantosas erupciones llevaron sus estragos á todas partes. Todavía brama el cráter del volcan; la pasion de la independenciam, que exalta todas las imaginaciones, caracteriza los estravios de todo género, destruye toda base de certidumbre, todo motivo de subordinacion; y propende á poner en cuestion toda la organizacion social. Allí reina el

caos mas inextricable de opiniones, de ideas y de doctrinas religiosas; verdadera confusion donde nada por encima y aparece aun en algunos corazones generosos el pensamiento católico.»

¡Tan cierto es que una vez negada la infalibilidad de la Iglesia, una vez entregada la verdad á las manos del hombre, y confiada su enseñanza y su interpretacion á un poder arbitrario é independiente de aquella, todo se hunde, religion, leyes, moral, costumbres, sociedad, y hasta la verdad misma se halla envuelta en esa interminable cadena de dudas, de incertidumbres y de errores que engendra la móvil razon humana! Por el contrario, admitida la infalibilidad de la Iglesia, la revelacion se conserva siempre viva, siempre pura de errores, y la inteligencia marcha segura en derredor de ese vasto centro de accion y de verdad, bien así como en el mundo fisico giran los astros en torno de sus órbitas con esa regularidad admirable que revela la mano del Sér Omnipotente que los fijó en el espacio y dirige su curso á través de los siglos.

Por último: ¿No es la autoridad una propiedad especial á toda sociedad bien constituida? En la familia hay un juez que decide en último recurso todas las cuestiones, que es el padre. En el Estado hay un príncipe, ó un tribunal, á quien compete fallar sin apelacion. Quitad esos dos poderes, y ya no podreis concebir ni familia ni sociedad; todo quedará sujeto á la inconstancia y al capricho de la tirania, y habrá un completo desórden. Pues bien, siendo la Iglesia una sociedad espiritual, y debiendo ejercer su autoridad en materia de fé y de costumbres, ¿con qué derecho impondria al hombre la obligacion de creer y practicar las verdades que enseña, si no estuviese cierta de su enseñanza, esto es, si no poseyese la infalibilidad? Sin ella dejaria de ser una autoridad enseñante, dejaria de existir la fé; ni seria una sociedad perfecta desde el momento en que pudiera apelarse

de sus determinaciones dogmáticas ó revocarse en duda su certidumbre.

Y ved por qué dije antes que la Iglesia es el mas alto poder social: puesto que, sobre todas las demás sociedades que solo son obras del hombre, posee la inmensa ventaja de ejercer una autoridad, que, si bien es comun á todas ellas, considerada como principio de organizacion en todo gobierno, tiene no obstante el caracter distintivo de ser infalible. Privilegio admirable, sí, pero que nada tiene de extraño é incomprensible, antes por el contrario es el mas sencillo al par que indispensable, para que el hombre pueda estar constantemente en relacion con la verdad; pues no es la Iglesia la que crea las verdades reveladas, no; ella las recibe de Dios, en quien existen desde la eternidad, y lo único que hace es enseñarlas y conservarlas en su primitiva pureza, sin que puedan jamás mezclarse con el error. Por eso ninguna otra sociedad puede aspirar á este privilegio; por eso ninguna otra autoridad puede llamarse infalible; por eso ninguna otra religion puede ni ha podido imponer al mundo una enseñanza universal, ni constituir una sociedad intelectual, tal cual la vemos en la Iglesia Católico-Romana. Sus pretensiones se estrellarian contra las mil variaciones y lo absurdo de sus dogmas; verianse á cada paso desmentidas sus doctrinas; y la divergencia de sistemas y opiniones revelarían su origen puramente humano y falible.

Convengamos, pues, en que la infalibilidad entra como condicion precisa en la existencia misma de la Iglesia Católico-Romana, considerada como sociedad espiritual, fundada por Jesucristo para enseñar al mundo la verdad, y conservar la pureza de la fé y de las costumbres. Reconozcamos que sin esta prerogativa, su autoridad no seria, como debe serlo, universal y perpétua, ni hubiera podido resistir á la accion del tiempo, ni permanecer indestructible en medio de tantos elementos que han conspirado á derrocarla á través de mas

de mil ochocientos años que cuenta de vida. Persuadámonos de que sin un tribunal, que sea intérprete y custodio infalible del sagrado depósito de la fé y de la revelacion, la revelacion, la fé, la verdad, las costumbres, todo desaparecería: porque todo quedaria al arbitrio de la móvil razon humana, en pos de la cual vendria la incertidumbre, la duda, el escepticismo, el caos, únicas consecuencias de esa soberania parcial é individual enemiga de la autoridad de la Iglesia Católica-Romana. Y puesto que esta Iglesia es la única cuyos títulos de infalibilidad descansan en la palabra misma de Dios, como queda demostrado; puesto que ella sola viene ejerciendo ese gran poder de enseñanza á través de las edades, firme como una columna en medio de todos los movimientos de la inteligencia humana, sin que ninguna religion, ninguna secta, ni comunión alguna haya podido convencerla de error en sus dogmas, en su fé, en su doctrina, siendo el gran centro á donde de todas las partes del mundo han recurrido los hombres y los pueblos, los principes y los sacerdotes, los sábios y los ignorantes, las ovejas y los pastores sin distincion alguna, á escuchar sus divinos oráculos y á someterse á sus decisiones, forzoso es confesar que ella posee exclusivamente esa autoridad pública, universal, perpétua é infalible, y es por consiguiente la depositaria de la divina revelacion.

Sí, Excmo. Señor: hay una ciudad cuyo nombre se repite por todas las lenguas á través de XVIII siglos con la mayor veneracion, á donde afiuyen de los cuatro ángulos del globo reyes, principes, sacerdotes, peregrinos, y un pueblo inmenso, á adorar á Jesucristo y á recibir de su Vicario en la tierra la bendicion y la doctrina de la verdadera sabiduria. Hay una cátedra, que se estableció hace mas de mil ochocientos años en esa misma ciudad, la cual ha sobrevivido al antiguo Capitolio, al templo de Júpiter, al Foro, al Palatino, y á todos los soberbios monumentos que un dia formaban el

orgullo de los hijos de Rómulo; y en esa cátedra se sienta un anciano cuyas palabras vibran en el corazón de todos los hombres, produciendo un entusiasmo indefinible y una virtud sobrehumana. Hay un edificio majestuoso, que, á pesar de su aparente decrepitud, descansa no obstante sobre bases tan sólidas como la misma eternidad, y se gloria de estar llamado á sobreexistir á todo cuanto depende del tiempo. Hay un árbol, en fin, que sin embargo de contar ya una existencia tan antigua como la creación, pues sus raíces remontan hasta dicha época, florece y fructifica hoy con la misma fuerza y vigor que en los días de su juventud, y cobija bajo su copa á toda la tierra, y estiende su ramaje y su sombra benéfica de una á otra estremidad del globo.

Y esa ciudad misteriosa es Roma, centro de la unidad católica, que evoca á sí todas las inteligencias y todos los corazones, todas las condiciones y todas las edades, para estrecharlas con los lazos comunes de una misma fé, de unas mismas creencias, y de unos mismos Sacramentos.

Y esa cátedra es la Silla de Pedro, donde reside la infalibilidad del dogma y el precioso depósito de la doctrina pura de Jesucristo, y desde donde los sucesores de ese eterno pontífice según el órden de Melquisedec la derraman por todo el universo, y con ella la paz, la salvación, la vida, la verdadera libertad y la positiva civilización.

Y ese edificio es la Iglesia Católica-Romana, foco perenne de luz y de verdad eterna, para todos cuantos corren á guarecerse bajo su mística techumbre, cuyo origen se pierde en el seno de Dios, cuyo carácter es la unidad, la perpetuidad, la santidad, la apostolicidad, cuya extensión no tiene límites, pues todo lo abarca en su inmensidad.

Y ese árbol es el catolicismo, de cuya sávia participan todos los que están adheridos á ese centro de unidad, y á cuya sombra fructifica el génio, progresan las artes, se desarrollan las ciencias, cunde la civilización, y los individuos,

bien así como las sociedades, marchan seguros á sus respectivos destinos. ¡Y ay el dia en que ese árbol misterioso pudiese ser desgajado por los embates de las persecuciones humanas! El sepulcro de la Iglesia seria la tumba del mundo civilizado. No lo será por dicha nuestra, porque su existencia está garantida por la palabra infalible de Dios. No lo será, porque antes dejarán de existir los cielos y la tierra, que fallar las promesas de la verdad por esencia. Antes por el contrario, nunca se presentó un porvenir tan bello y lisonjero para la Iglesia Católico-Romana como ahora que, despues de haber luchado con cuanto hay de mas temible en el mundo, despues de haber probado la impotencia de todos los esfuerzos humanos para fundar una Iglesia que pueda sustituirla, ha hecho ver que es condicion esencial de su existencia el ser única, indefectible, divina, eminentemente civilizadora, caractéres que únicamente se encuentran en la que es por escelenia « EL CENTRO DE LA UNIDAD, LA MAESTRA DE LA VERDAD, Y EL JUEZ INFALIBLE EN MATERIA DE FÉ Y DE COSTUMBRES. »=He dicho.

Madrid 24 de Octubre de 1859.

LDO. JUAN TRONCOSO Y SAEZ.



УВА. ВНС. ЛЕГ.05-1 n0378



УВА. ВНС. ЛЕГ.05-1 n0378



UVA. BHSC. LEG.05-1 n0378